



Héctor Schmucler: Los medios son menos importantes de lo que parecen

*Orlando Villalobos Finol**

Resumen

En la historia del pensamiento de la comunicación de América Latina, Héctor Schmucler representa un hito relevante. Desde mediados de los 60 transita por los caminos de la investigación y la docencia, dejando su impronta. En esta entrevista repone el debate sobre temas actuales y necesarios: el papel de los medios masivos, el impacto de las nuevas tecnologías, el rol de la comunicación en la construcción de ciudadanía o al menos en el intento por abrir espacios renovados para la justicia y la dignidad, el lugar que ocupa la memoria colectiva. Su discurso busca promover la reflexión, abrir caminos para el diálogo, a riesgo de incomprendiones e intolerancias, y no tanto afirmar por afirmar y presumir de verdades concluyentes y definitivas.

Palabras clave: Comunicación, medios, memoria, pensamiento crítico.

Héctor Schmucler: The Media are Less Important than They Seem

Abstract

In the history of thought about communications in Latin America, Héctor Schmucler represents a relevant milestone. Since the mid 1960s, he has traveled the roads of research and teaching, leaving his mark. This interview takes up the debate on current, necessary top-

Recibido: Septiembre 2010 • Aceptado: Octubre 2010

* Director del Centro de Investigación de la Comunicación y la Información, CICI. Universidad del Zulia.

ics: the role of the mass media, the impact of new technologies, the role of communication in constructing citizenship or, at least, in the intent to open renewed spaces for justice and dignity, the place occupied by collective memory. His discourse seeks to promote reflection, open routes for dialog, at the risk of misunderstandings and intolerances, and not just affirm for affirmation's sake and presume conclusive and definitive truths.

Key words: Communication, media, memory, critical thought

“Sin mayores argumentos teóricos que den cuenta de la supresión, se ha ido borrando la marca “masivo”. Un genérico “medios de comunicación”, que a veces agrega el redundante (y en ocasiones presuntuoso) calificativo de “social”, diluye cualquier compromiso interpretativo. Lo masivo, al margen de los valores que se le otorgue, establece una precisión sobre la manera de interpelar a un número plural de personas. El asunto no es menor cuando la comunicación mediática expande incesantemente su presencia y, a la vez, crece la incertidumbre sobre los criterios para establecer en qué sentidos esa presencia influye en la conformación de la vida de los seres humanos” (Schmucler, 2008).

Héctor Schmucler no se ahorra palabras para poner en duda las verdades consagradas en la comunicación. En una época en la que la incertidumbre se afana por imponer su sello, el pensamiento crítico, la revisión que no hace concesiones, encuentra en su discurso un lugar propicio. Con precisión de relojero lo dice en sus clases, artículos y conferencias.

En medio del discurso dominante que reproduce los valores, usos y costumbres del conformismo, Schmucler interpela y postula otra opción. “El discurso sobre la novedad tecnológica reemplaza al pensar severo. La comunicación, en el momento en que todo lo impregna, es decir, cuando más importancia adquiere, apenas si estimula aproximaciones que tratan de entenderla desde lugares excéntricos. La posibilidad de estudiar la comunicación (que nada tiene que ver con el “know-how”) requiere distanciarse, no simplemente duplicarla. Corresponde más al campo de la ontología que al de la técnica, porque tampoco desde la técnica se puede reflexionar sobre ella. ¿Qué puede seguirse después de ciertas informaciones proporcionadas por la prensa?” (Schmucler, 2008).

Ya frizando los 80 años lo encontramos en Bogotá, en septiembre de 2010, en el Congreso de la Asociación Latinoamericana de Investiga-

dores de la Comunicación, ALAIC. Allí ofreció la conferencia inaugural del evento, concedió entrevistas y conversó con generosidad. La edad no le hace mella. Conserva la autonomía de sus pasos y de su pensamiento. Puede doblarse a recoger el lápiz que se le ha caído y ayudar a una compañera a remontar una cuesta, si fuera necesario. Sigue pensando, escribiendo y discutiendo. Con él, la utopía no se rinde.

Acordamos que nos encontraríamos en un café de la Universidad Javeriana, después de finalizada la conferencia principal del turno de la mañana. Cuando llegué ya me estaba esperando algo impaciente. Me habló con seguridad pero sin prisa. Nos sentamos en una escalera de la universidad, porque no encontramos otra posibilidad.

El nombre de Héctor Schmucler cabalga en la literatura latinoamericana de la comunicación desde los años 60. Bajo la dirección de Roland Barthes estudió semiología, entre 1966 y 1969. A comienzos de los 70, en aquel Chile de Salvador Allende que se atrevió a buscar otros horizontes, fundó la revista *Comunicación y Cultura*, junto a Armand Mattelart y Ariel Dorfman. También se le recuerda por el prólogo que escribió para el libro: “Para leer al Pato Donald”. En ese libro Mattelard y Dorfman estudian el impacto de las historietas que Walt Disney reproducía e imponía para el mercado latinoamericano.

Estudió Letras y llegó a la comunicación siguiendo la huella de la cultura. De allí que sustente una noción de comunicación que se apoya en la ancha perspectiva de la cultura y busca alejarse de la definición que la reduce al campo de la comunicación masiva, entendida como el conjunto de medios impresos, sonoros y audiovisuales utilizados para la difusión colectiva. A todo trance, en su obra se ha propuesto alejarse de simplismos y reducciones, de esquemas seguros pero inútiles para entender el horizonte comunicacional.

En Schmucler, además, encontramos una visión comprensiva de lo que nos sucede en América Latina. El no tiene las respuestas pero su discurso va mostrando las interrogantes y algunas claves que resultan indispensables para entender las rutas que navegamos en esta tierra nuestra, rica en contradicciones, acertijos y dudas.

OVF: McLuhan y Manuel Castells, en épocas diferentes, dan una visión optimista de las nuevas tecnologías, pero los hechos no lo confirman. Ahora estamos más conectados pero no más comunicados.

HS: Hay que separar a McLuhan de Castells. McLuhan no alcanzó a ver lo que ahora se llama nuevas tecnologías. Solo llegó a estudiar la televisión. Si bien los dos han tenido un enfoque optimista, en la manera de ver el tema tecnológico han tenido características distintas. Señalo esto para no meter todo en la misma bolsa.

Sin duda, ha habido una enorme expectativa de que este mundo tecnológico, que ha significado una reestructuración de las relaciones entre las personas y la sociedad, puede ser útil para resolver los problemas que la humanidad adolece, de injusticia, de hambre, de incomunicación. Mi mirada no es tan directamente optimista. Las nuevas tecnologías son una gran promesa pero todavía no hemos visto... aunque recién empieza el cambio tecnológico.

Desde el punto de vista de los viejos problemas que adolece la humanidad no conozco que haya un efecto de cambio. En datos muy elementales, uno puede decir que hay tantos pobres como había hace 50 años, incluso muchos más porque ha aumentado la población. La famosa brecha entre los más ricos y los más pobres se ha ensanchado enormemente, y eso es un signo de la injusticia. El verdadero problema es que cada vez menos tengan más y cada vez más tengan menos; si uno llama a eso injusticia creo que eso no se ha aminorado sino que ha aumentado, según las estadísticas conocidas.

Hasta este momento es evidente un cambio en el orden de la existencia; ha habido transformaciones de orden social tajantes que marcan diferencias notables con lo que se había desarrollado durante los siglos XIX y XX. El número de trabajadores fabriles, proporcionalmente, ha disminuido de una manera sorprendente e impensable para algunos pensadores, de los siglos XIX y XX, producto de la automatización tecnológica; el mundo de la comunicación domina las esferas de la sociedad, es como si todos estuviéramos comunicados con todos. Nuestra visión del mundo pasa a través de los medios masivos de comunicación; hay una implantación real de las nuevas tecnologías que han modificado la vivencia de las personas.

Todavía no se muestran cambios sustanciales en la configuración injusta del mundo.

Me pregunto qué ha significado para los individuos. Eso de que cada individuo tenga su celular, ¿Eso significa que se sienta menos solo? ¿Qué se siente más vinculado con los que lo rodean? Es dudoso. No es fácil mostrar que estamos más integrados. Si lo que uno aspira es hacer un mundo donde la existencia humana sea más amable, más armoniosa con los otros, más amistosa, nada de eso podemos verificarlo. Las guerras son más frecuentes y las amenazas son más brutales, por lo tanto, no estamos viviendo más amistosamente. La sensación de desarraigo, de peligro, de inseguridad, recorre casi todas las sociedades más avanzadas económicamente. Las sociedades más atrasadas han incorporado medios masivos pero no han incorporado una nueva existencia más humana.

El tema de los medios masivos en América Latina. Hay dos problemas: una concentración de la propiedad de los medios masivos y la privatización de las frecuencias del paisaje audiovisual. Se asume como natural que eso es de particulares y que el Estado debe intervenir lo menos posible.

Las frecuencias no son privadas... Nadie compra una frecuencia, el sistema internacional de distribución de frecuencias así lo establece, como nadie es dueño de los mares o del espacio extraterrestre. Se ha convenido que son bienes universales que se distribuyen entre los estados, de acuerdo a ciertas normas establecidas.

La discusión es otra ¿En poder de quién están los medios? y ¿Para qué están los medios? Esa es una discusión compleja. Hace un par de siglos, los medios empezaron como un ejercicio público, no estatal. Siempre los estados tuvieron formas o vías de información de aquello que era de interés para la colectividad, pero el ejercicio de la transmisión de ideas, de puntos de vista... desde los primeros intentos, siglo XVII, John Milton en su famoso alegato que se llama la areopagítica; es un alegato por la libertad de imprenta, es una conquista de la modernidad; es decir, el derecho de los ciudadanos a expresar sus opiniones sin censura previa. Así nació lo que después se llamó la opinión pública, que es el derecho ciudadano a expresarse al margen de un poder que esté por encima.

Es obvio que los medios en manos privadas, pueden, suele ocurrir con harta frecuencia, se ponen al servicio de los intereses del grupo que tiene la propiedad; a veces se dice que no debe haber propiedad... tampoco del Estado, porque según la experiencia, se pone al servicio del poder que en ese momento se esté ejerciendo.

Siempre se pone el ejemplo de la BBC de Londres que es un ente estatal pero autárquico porque el Estado no lo utiliza como instrumento propio. Como hecho negativo está la archiconocida experiencia de los medios en manos de Estados que lo han utilizado como coerción, sobre la libre expresión del conjunto de la gente.

El que un Estado se haga cargo de la propiedad de una empresa no significa nada culturalmente; la idea de que finalizada la propiedad privada cambia las condiciones de existencia de la gente... bueno el socialismo del siglo XX mostró que no se consiguen esos resultados. La propiedad del Estado de por si no significa nada; la propiedad regulada y compartida podría producir efectos de transformaciones reales. De manera que el conflicto entre estatal y privado pienso que está mal planteado, porque es como si uno u otro fueran la solución definitiva a los problemas que plantea la cultura mediática. Si el Estado tiene en sus manos los medios para hacer lo mismo que hacen los privados no cambia absolutamente nada.

La defensa de la autonomía del pensamiento y de la posibilidad de expresión de todos los sectores de la población es el horizonte a buscar; cómo buscarlo, me parece que no lo resuelve la dicotomía y la oposición Estado-privados; hay que buscar otra forma. No en todos lados este es un problema candente.

A pesar de la presencia enorme de los medios creo que no hay que darle tanta importancia. Es frecuente que los mismos medios que son acusados de favorecer algo en otra circunstancia producen un efecto totalmente contrario. Nadie puede dudar de la propiedad privada de los medios en Estados Unidos. No ha sido fácil controlarlos, en los momentos en que se pudieron expresar autónomamente, no digo bien o mal, que se produjeran transformaciones; quiero decir, bajo los mismos medios triunfó Reagan, con el más duro neoconservadurismo, y estando los medios, con tendencia no muy distinta, ganó por primera vez un negro la presidencia de Estados Unidos, Barack Obama. Con esto no digo que sean neutrales, pero si que hay fenómenos sociales que tienen más peso.

Los medios pueden aglutinar, colaborar en crear ciertas opiniones pero no las inventan. Hay un ejemplo famoso en la Argentina. Durante el primer gobierno de Perón había una censura férrea, se apoderó de casi todos los medios. Cuando 20 años después regresa, hace un discurso y dice que no hay que preocuparse tanto de los medios. Dijo, “en 1946, cuando gané las primeras elecciones teníamos todos los medios en contra y ganamos; en 1955, teníamos todos los medios a favor y nos sacaron. En 1973, teníamos todos los medios en contra y ganamos de nuevo las elecciones”. Todo eso lo decía con bastante humor. Si bien no se trata de una teoría científica ocurren estas cosas. Por eso hay que relativizar el trabajo de los medios, no para decir que no tienen importancia sino para encontrar el verdadero lugar que ocupan en el conjunto social.

Los medios pueden jugar un rol benefactor pero en muchos casos están al servicio del consumismo y no de la creación de ciudadanía. ¿Cuál es su reflexión?

La empresa capitalista lo que busca es tener ganancias y un medio, que es una empresa capitalista, actúa en ese sentido. Internet que parece lo más universal como propiedad produce unas ganancias descomunales. Eso no hay que ocultarlo, tampoco se les puede pedir muchas otras cosas, salvo que haya una transformación enorme de la cultura colectiva. ¿Eso que significa? Cuando uno se queja, y nos vivimos quejando de los programas de televisión, ya no es solo el consumo de un producto determinado, aunque ya se sabe que la publicidad desde hace mucho es un instrumento del esquema de funcionamiento del capitalismo. Eso no es lo más relevante. Uno se queja no tanto de la publicidad sino de lo que muestra la televisión. En Argentina hay casos notables de los programas exitosos que son para uno deleznable. Entonces, vienen las preguntas, ¿Y por qué los ve la gente? ¿Son deleznable pero la gente no está obligada a verlos? Son programas que tienen un rating fabuloso. De allí no se puede sacar la conclusión de que son buenos porque a la gente le gusta, no. El problema es de la cultura colectiva, de cómo la sociedad ha incorporado ciertas maneras de pensar el mundo que coinciden con estos programas. Es decir, estos programas no son ajenos a lo que piensa la gente. Por lo tanto, eliminando estos programas no cambia la realidad. Estos programas, esta forma de funcionamiento de la televisión, el uso extendido de las redes informáticas, están al compás de una manera de existen-

cia colectiva. Creer que el medio es el agente del mal es tan caprichoso como decir que es el agente del bien. Si no hay una transformación del sentido que cada individuo le otorga a la existencia y a la relación con los otros, no hay decreto ni fuerza gubernamental que pueda alterar esto. Se puede eliminar un canal de televisión pero con eso no se cambian los problemas, porque la gente tiene su experiencia. A nadie le pueden decir, mire usted tiene mayor capacidad de consumo si cada mes le alcanza menos el sueldo. Por más que eso se lo digan más de cien veces por día, hay una experiencia. Doy un ejemplo, nadie puede decir no hay problema de inseguridad cuando al vecino lo asaltan. Por eso cuando Perón se refería a los medios, estaba también queriendo decir, hay que ver qué es lo que pasa en la sociedad. Los grandes sistemas totalitarios tenían un férreo control sobre la información, y por una razón o por otra se licuaron. Los medios son fundamentales pero hay que estudiarlos dentro del conjunto y no como un hecho exterior, como el hecho maldito.

Hace 40 años Umberto Eco habló de integrados y de apocalípticos. ¿Qué evaluación se puede hacer hoy? En los medios se instala la sospecha sobre todo aquello que sea crítico, se busca más la complicidad o la aceptación.

Nunca estuve de acuerdo con lo que decía Umberto Eco, porque me parece que poner la crítica del lado de lo apocalíptico, que es como se terminó entendiendo en América Latina, es negar el papel de la crítica. Eso que él llamaba los integrados, es decir, los que no eran críticos de la sociedad, ha sido lo más dominante. El postulaba, ni integrados, ni apocalípticos, críticos, pero en la práctica hacía referencia a los beneficios de este progreso, de esta modernidad, que los medios vehiculan. Decía como con la televisión italiana algunos campesinos aprendían lo que había en otros lugares y eso los impulsaba a movilizarse para conseguirlo. Ese es todo un tema.

Lo de Eco es una dicotomía, un reduccionismo demasiado exagerado. Además, se le da a la idea de apocalipsis una noción de catástrofe final y absoluta. Si uno es muy crítico de la sociedad eso no significa que quiere la destrucción de todo. Uno es crítico porque quiere que sea otra cosa. Estos caminos que son complejos tienen muchas facetas y a veces se simplifica el problema cuando la oposición está entre el que acepta todo y el que niega todo. El mundo es infeliz pero eso no quiere decir que uno no tenga momentos de felicidad.

Algunos de sus trabajos recientes versan sobre la memoria. ¿Cómo entiende esa línea de trabajo o de investigación?

La preocupación sobre este tema nació hace muchos años. Tiene que ver con cierto clima que hay en Argentina, y en otros países, de rememoración de la historia reciente, la memoria de lo que ocurrió con las dictaduras militares, las represiones...

La recuperación de una memoria que nos permite iluminar nuestro presente, haciendo presente nuestro pasado. Me interesa recuperar el pasado, mirarlo desde nuestro presente para explicar cómo fue posible que ocurrieran las cosas que ocurrieron. Es la memoria social lo que me preocupa, fundamentalmente. Después de la Segunda Guerra Mundial se abrió un amplio camino en el trabajo de la memoria. La pregunta es cómo es posible que haya ocurrido la Segunda Guerra Mundial, cómo es posible que haya ocurrido el genocidio. Eso es lo que me interesa. Las cosas no nos vienen desde afuera. Son largas construcciones, no siempre conscientes pero que generan condiciones para las grandes catástrofes que recorrieron el siglo XX.

Uno puede vincular el papel de lo mediático en la memoria, como la negación de la memoria. Lo mediático genera la instantaneidad, lo urgente, lo inmediatamente olvidable para dar lugar a otra cosa. Es como un presente continuo. Esto está incorporado en la cultura cotidiana. El sistema de valores que se ha desarrollado y también el sistema de consumo apunta a esto. El futuro ya está, por tanto no hay futuro, ni proyecto. Es como la totalidad realizada en nuestro presente. Por lo tanto, no hubo futuro en el pasado, pero solo ese pasado explica porque es como es. Hay una historia pero si no la reconocemos, para los que no estamos conformes sobre como es el presente, no tenemos porvenir.

Los cambios en América Latina. Hace 40 años había dictaduras en el cono sur y las libertades estaban restringidas. Venimos de una historia de persecuciones, torturas, inexistencia de derechos humanos. Eso ha cambiado tanto que ahora se ensayan nuevas experiencias de gobierno.

Han cambiado las condiciones en el mundo. Hace 40 años estábamos en plena guerra fría, que influyó en lo que ocurría en todas partes del mundo. América Latina tiene su historia propia de dictaduras, caudillismo, colonialismo. Hoy sería inadmisibile una dictadura militar y no solo

porque haya la voluntad para impedirlo, sino porque el propio modelo de la sociedad, que hablamos sin pasado, ni presente, que vive un presente y un cambio permanente, no admite regímenes duros. También la democracia es una forma apetecida por los sectores dominantes porque es la manera como este modelo de estructura económica y social puede realizarse. No hablo en contra de la democracia, pero no hay que confundirse.

La aparición de nuevas formas de gobierno en Venezuela, Brasil, Bolivia, están muy vinculadas a las nuevas posibilidades que surgen. No sé cuál es el porvenir de todos estos gobiernos. El de Bolivia creo que es el que más sólidamente ha provocado cambios y eso me parece irreversible. Uno no sabe cuál es el devenir de la historia. En estos últimos años se ha producido un cambio general en el mundo no solo en las ideas, en los sistemas. Para los que hemos vivido por longitud de la edad... era impensable que se fuera a acabar el mundo socialista. Recién con los años se va a tener noción de la importancia de esto.

En los años 70 en América Latina hubo teorías reconocidas, como la teoría de la dependencia, que intentaron explicar lo que ocurría. La teoría de la dependencia, entre otras cosas, caracterizaba el modelo dependiente con un imperio sólido, con potencias afincadas y muy desarrolladas, con un desequilibrio sustancial que era la carestía creciente de los productos industrializados y la baja de la materia prima. Chile era característico, allí se acabó el cobre y Chile se hundió en una profunda crisis social y económica. Estos son hechos que tienen que ver con una reestructuración global de la economía y del modelo de funcionamiento social. Lo notable es la reversión de todo eso. Todas las materias primas comenzaron a crecer. No lo quiero simplificar, pero la posibilidad de los cambios políticos en Venezuela están dados por el boom del petróleo, que produce una cosa curiosa, hay una redistribución a partir de una gran entrada, por supuesto lo que hay que ver es qué voluntad de redistribución hay, porque puede haber entrado mucha plata y no redistribuirla... está muy al compás de eso. En Chile gracias al uso que se le da a las nuevas tecnologías, el cobre aumentó. Chile es derivado de una política económica que consagró la idea del neoliberalismo y que ahí se sostiene. Aprovechó ese cambio en las materias primas. Todo esto hay que tenerlo en cuenta porque si no pareciera que son abstractos todos cambios.

La finalización de la guerra fría, que significó un triunfo y una derrota; no se puede olvidar que en realidad lo que triunfó fue el capitalismo. China,

por ejemplo, no es la gran potencia socialista que iluminó e ilusionó. Su potencia es capitalista, con una paradoja: que el Partido Comunista Chino que no pudo consolidar un gran país socialista es el encargado de hacer un gran país capitalista. Hay que pensarlo y no simplificarlo... Todo este es el clima por el cual se pueden dar cambios en América Latina.

Estos procesos todavía están en marcha. Hay que aprovechar todas las circunstancias favorables para desarrollar modelos más justos, más dignos de los seres humanos. Ni soy un negador de lo que ocurre, pero tampoco tengo un optimismo salvífico que ha prendido en muchos sectores intelectuales. Para mi gusto, hay que alentar los hechos positivos en los cambios que uno aspira. No solo de pan vive el hombre. No solo los índices de riqueza hacen la felicidad humana. ¿Cómo vivimos? Hay países desarrollados, con una distribución enorme, como los países escandinavos, ¿Queremos vivir como ellos? ¿Allí encontramos la felicidad de la existencia humana? La felicidad es material pero no se queda en eso.

Referencia

Schmucler, Héctor (2008). "Triunfo y derrota de la comunicación". **Revista Artefacto**. Disponible en: <http://www.revista-artefacto.com.ar>. (Consultado el 27.09.2010).